

## La princesa y el guisante

Gregorio DÍAZ EREÑO\*

**H**ABÍA UNA VEZ UN PRÍNCIPE que quería casarse con una princesa, pero tendría que ser una princesa de verdad. Así que viajó por todo el mundo para encontrar alguna. Pero siempre había algún problema: princesas había de sobra, pero que fueran princesas de verdad no estaba del todo claro; siempre había algo que no estaba del todo bien. Así que volvió a su casa preocupado, porque tenía muchas ganas de encontrar una auténtica princesa.

Una noche, hacía un tiempo espantoso. Había relámpagos y truenos, y llovía a cántaros. ¡Era horrible! Llamaron a la puerta, y el viejo rey fue a abrir.

Allí fuera había una princesa, ¡pero, Dios mío, qué aspecto tenía, con aquella lluvia y aquella tormenta! El agua le escurría por el pelo y la ropa, le caía desde la nariz a las punteras de los zapatos y salía por los talones. Y dijo que era una princesa de verdad.

“Bueno, ahora veremos”, pensó la anciana reina, pero no dijo nada.

Entró en el dormitorio, quitó toda la ropa de la cama y puso un guisante sobre el somier de tablas; luego cogió veinte colchones, los puso encima del guisante, y luego veinte edredones de plumas encima de los colchones.

Allí dormiría aquella noche la princesa.

Por la mañana le preguntaron qué tal había dormido.

—¡Oh, terriblemente mal! —dijo la princesa—. Casi no he podido pegar ojo en toda la noche. Dios sabe lo que había en esa cama. Debajo había algo duro y tengo todo el cuerpo lleno de moratones. ¡Es horrible!

Así pudieron comprobar que era una princesa de verdad, pues había notado el guisante a pesar de los veinte colchones y los veinte edredones. No podía haber nadie tan sensible, a no ser una auténtica princesa.

El príncipe se casó con ella, porque ahora sabía que había encontrado una princesa de verdad, y el guisante acabó en el museo<sup>1</sup>, y allí sigue para que lo vean, si no se lo ha llevado nadie.

¡Menudo cuento!

Hans Christian Andersen

---

\* Director del Museo Oteiza

1. ANDERSEN, Hans Christian: “Cuentos Completos”. Edición, introducción y notas de Enrique Bernárdez. Ilustraciones de Wihelm Pedersen y Lorenz Frolich. Pág. 95-96 Cátedra. Biblioteca Avrea. Madrid, 2005. En la “Historia y Antología de la Literatura Infantil Universal” de Carmen Bravo-Villasante, su tomo I, en la página 157 la autora en el cuento añade que “*el guisante se llevó al Museo de Arte, donde aún estará si no lo han quitado*”. Bravo-Villasante, Carmen: “Historia y Antología de la Literatura Infantil Universal”. Editorial Miñón. Ilustraciones interiores de Grandville: Fables de La Fontaine. Edición 1864. Valladolid, 1988.

El escritor danés Hans Christian Andersen (1805-1872) fue un escritor de extracción humilde, fundamentalmente autodidacta y gran admirador de escritores como Goethe y E.T.A. Hoffmann. Durante treinta y siete años, entre 1835 y 1872 escribió 168 cuentos inspirados en las tradiciones populares, en las narraciones mitológicas nórdicas y griegas y en experiencias personales convirtiéndose en uno de los autores más leídos de la literatura universal.

*“Mi vida es un cuento maravilloso”, así comienza Hans Christian Andersen su relato autobiográfico “El cuento de mi vida”<sup>2</sup>. Nacido en el seno de una familia muy humilde y con escasos medios económicos<sup>3</sup>, gran parte de las escenas más tristes de sus cuentos tienen una inspiración directa en la realidad vivida como el hecho de que al morir su padre, su madre tuvo que ganarse penosamente el jornal lavando ropa. Como recuerdo de la muerte de su padre a una edad temprana Andersen nos contará las lecturas que este le hacía: La Fontaine, Holberg<sup>4</sup>, la Biblia o *Las Mil y una noches*. La soledad del joven niño y el pequeño teatro que le había construido su padre fomentaron la imaginación llegando a descubrir el teatro de Shakespeare por el que siempre sintió una gran admiración. Gracias a la protección que empezó a recibir de diversos mecenas comenzó a escribir cuentos llegando a concederle el rey Federico VI una pensión anual que le permitiese dedicar todo su tiempo a la literatura<sup>5</sup>. Gran viajero, recorrió Alemania, Italia, residió en Viena y visitó Praga y Constantinopla. También vivió en París donde llegó a conocer a los escritores Alphonse de Lamartine y a Honoré de Balzac. Entre septiembre y diciembre de 1862 realizó el tan querido viaje a España. Ansiado desde su primera infancia pues uno de sus recuerdos más recurrentes era el de ser recogido en brazos por un soldado español que en 1808 formaba parte de las tropas francesas que aliadas a las danesas, luchaban contra el ejército sueco<sup>6</sup>, sus enemigos.*

2. Hans Christian ANDERSEN: “El cuento de mi vida”. Traducción de María Pilar Lorenzo. Ilustraciones de Vilhelm Perdersen. Ediciones de La Torre. Biblioteca Nórdica. Madrid, 2005.

3. Su padre era zapatero y su madre una mujer “sencilla”. La cama de matrimonio de esta pobre familia estaba hecha con el catafalco donde se expuso el ataúd del conde de Trampe. Andersen ha reproducido el ambiente y la casa de su infancia: “Una escalera conducía de la cocina al desván. En el canalón del tejado, entre nuestra casa y la del vecino, habían instalado una caja llena de tierra donde medraban tan ricamente cebolletas y perejil: he aquí todo el huerto de mi madre”. En mi cuento *La reina de las nieves* continúa verdeando”.

4. Ludvig HOLBERG, barón de Holberg (1684-1754) es considerado como el padre de la literatura danesa y noruega.

5. Gran protector de la astronomía, el rey de Dinamarca Federico VI (1768-1839) fue también un gran mecenas del arte mandando construir en 1837 el Museo Thorvaldsen en Copenhague para albergar las obras del escultor, siendo el primer edificio en Dinamarca destinado a ser espacio museístico.

6. “El cuento de mi vida sin literatura”: “Un día, un soldado español me tomó en sus brazos y me puso sobre los labios una imagen de plata que llevaba en el pecho. Me acuerdo de que mi madre se enfadó, porque debía de ser algo católico, dijo, pero a mí me gustó la imagen y también el extranjero, que bailó conmigo, me besó y lloró. Seguramente el tendría hijos, allá en España. Vi cómo llevaban a uno de sus camaradas al paredón por haber asesinado a un francés. Impulsado por este recuerdo escribí, muchos años después, mi poemita “El soldado”, que Chamisso tradujo al alemán y se incluyó en el libro ilustrado *Soldatenlinder*”. ANDERSEN, Hans Christian: “Cuentos Completos”.

Al igual que los hermanos Grimm, en Alemania, con sus cuentos, Andersen revalorizó el folclore danés, recogiendo los relatos populares que escuchaba de niño, entre ellos cuentos como el de la *“Princesa y el guisante”* con ese final tan peculiar donde los príncipes no solo fueron felices y comieron perdices, sino que el objeto que fue motivo de su felicidad, fue llevado al museo y expuesto para admiración de los ciudadanos del reino. Como afirma la escritora Carmen Bravo-Villasante, Andersen supo convertir el cuento en algo tan poético que hasta los objetos más vulgares de la vida cotidiana se animan con su espíritu. Con la virtud de vivificar los objetos, de insuflar alma a los objetos más vulgares consiguió que los críticos, tan severos en principio, empezasen a admirar su obra. Pero fue el propio artista quien en un momento determinado empezó a decir que su vida era, en sí misma, un cuento maravilloso. Sin embargo, él no tenía un concepto idílico de la vida, a pesar de manifestar que la realidad es el más bello de los cuentos, su obra nos ofrece una imagen austera y verídica de la vida. Así, por ejemplo, en el relato titulado *“No era Buena”*<sup>7</sup>, narra la historia de una lavandera, la dureza de su vida, la falta de fraternidad, la denuncia de los sufrimientos de los seres humildes y pobres pero alejado de toda amargura y de ironía. En Andersen hasta el sufrimiento sale ennoblecido. Sus cuentos siempre empiezan de forma extraordinaria hechizándonos con la magia de sus palabras, encantándonos a lo largo de toda la narración y sorprendiéndonos con una lección final de tenacidad y perseverancia. Como afirmaba la filóloga y folclorista Carmen Bravo-Villasante *“Así sucede en todos los cuentos de Andersen: la poesía encubre una lección no menos bella y maravillosa que la propia poesía”*<sup>8</sup>.

He querido hacer estas breves referencias a su vida para introducirnos al viaje de Andersen por España realizado entre septiembre y diciembre del año 1862, especialmente su visita al Museo del Prado y su rendida admiración ante la obra de Velázquez: *“Para vivir y abarcar realmente tanta maravilla tendría que quedarse uno por tiempo ilimitado. Aquí me encontré por primera vez con Velázquez, aquí lo conocí... ¡Con cuánta maestría y genialidad supo reproducir a las pálidas e insignificantes infantas en el ridículo ropaje de la época!; están vivas, hablan, forman parte de una serie de bellezas —tal es el arte con el que han sido retratadas—, en contraste con la repulsiva compañía de enanos y enanas y de voraces perros de singular fealdad. Las imágenes del retrato se salen del marco, no hay duda; es como para creerse la historia que cuentan, de que dos de dichos cuadros, colocados en los caballetes del estudio de Velázquez, confundieron a los que estaban en el aposento contiguo, haciéndoles creer que se trataban de personas reales. Dicho efecto lo consigue en especial una figura que representa al fabulista Esopo; después de haber visto el retrato que de él ha hecho Velázquez, no podemos imaginarnos a Esopo con otra fisonomía”*<sup>9</sup>.

Durante el siglo XIX el viaje a España se convirtió en uno de los grandes anhelos de los artistas y escritores europeos. La inmersión en un pasado que aún, en muchos aspectos, se mantenían con pocas variaciones, atraía a muchos intelectuales ávidos de rescatar experiencias y

7. ANDERSEN, Hans Christian: “Cuentos Completos: No era buena” pág., 503, 509. Cátedra.

8. BRAVO-VILLASANTE, Carmen. Obra citada.

9. ANDERSEN, Hans Christian: “Viaje por España”: pág. 207, 208. Alianza Editorial. Madrid, 1988.

descubrir nuevas formas de ver una Europa que en muchos aspectos iba cambiando demasiado rápido para las pautas del momento. Con una perspectiva, ciertamente romántica y, en muchos casos anacrónica, los viajeros se dejaron envolver por tópicos hirientes para los nacionales pero de los que tampoco rehuyeron siendo, aún hoy en día, características enraizadas y difíciles de romper. Pero lo importante era que, aun conociendo lo que iban a ver, la emoción que acontecía frente a la realidad que contemplaban superaba con creces las expectativas que se habían hecho. La visita al Prado de un Manet o, en este caso, de Andersen siempre estaba rodeada de una gran emoción, de una gran veneración, se encuentran ante un objeto de una honda sacralidad, nada mitiga la emoción salvo la presencia ante el objeto mismo. Nos hallamos ante la sensibilidad de apreciar la poesía en los objetos contemplados y este intercambio se produce en el museo donde se impone una forma de declaración entre el artista y el espectador que contempla y termina la obra como receptor que es de la misma.

Hoy en día el viaje se ha sustituido en parte por la invasión de una ingente cantidad de medios tecnológicos que nos permiten, con un grado de calidad inigualable, colocarnos ante la página de un libro o la pantalla de un ordenador y, con una publicidad que nos comunica una experiencia inigualable, tratando de suplir el viaje y la estancia ante el objeto. Pero la capacidad de aislarnos ante el objeto y la posibilidad, incluso de hacerlo nuestro ante los demás es intransferible. Esto no se consigue ante una pantalla plana sino ante la realidad en un espacio y, si es posible, en el emplazamiento original para el que se dispuso ese cuadro, ese retablo, esa escultura, la experiencia es inigualable. La poesía triunfa.

**96**

España es un país que hoy en día muestra una geografía llena de pequeños museos, todos ellos a escala humana, habitables, con pequeños tesoros siempre dispuestos a sorprendernos, igual que a los viajeros del siglo XIX. En ellos es difícil ver grandes aglomeraciones, se puede disfrutar de intimidad y sentirse degustadores de emociones sencillas e íntimas. Incluso podemos sentirnos como los personajes de los cuentos de Andersen e ir a la búsqueda de ese especial guisante que sirvió para encontrar a la exquisita doncella, llenarnos de su delicada poesía y sentarnos a dialogar con las obras, entrar en intimidad con el artista ya que es precisamente en el museo donde se produce este diálogo.

El museo, por lo tanto, ha de ser una auténtica fuente de la juventud, que dota a las obras de una vida repleta de atractivos, no ha de ser nunca su último destino, no es un espacio de reposo, es más bien un territorio abierto, un lugar de intercambio entre lo que acontece en su interior y lo que lo rodea, un instrumento cultural que trasciende la obra material, que no es de nadie y es de todos.

Hoy en día, el museo, y no solo por la coyuntura económica actual, se debe transformar en un territorio abierto generando un diálogo ya que este es un instrumento cultural que trasciende la obra material de su singular marco. La interacción entre otros museos es un paso muy importante y no solo en el ámbito expositivo, también en la colaboración en los ámbitos didácticos, de conservación y de investigación, todos ellos esenciales. Aunar experiencias no solo optimiza recursos económicos sino que permite entre otras cosas fomentar el estudio, la educación y el recreo de los ciudadanos. Los museos deben relacionarse con la educación y con la experiencia, por eso su supervivencia dependerá de su capacidad de diferenciarse, dis-

tinguirse del espectáculo y de que puedan dejar claro que son parte de la cultura y que las obras de arte son objetos poderosos, que preservan sentimientos e ideas que son únicos.

El gran peligro en la situación actual en que nos encontramos es la corrupción de la calidad, la banalización, la conversión del museo (de la cultura en general) en un objeto de consumo del mercado del espectáculo, la degradación de los contenidos cognitivos y del valor que debe encarnar un centro así. El reto en estos momentos es no dejarse contaminar por la comunicación fácil, y la amenaza que subyace en la actual crisis es la de la pérdida de los valores humanísticos en el sistema educativo. Este es el gran peligro de la crisis, la destrucción de un mundo siempre muy delicado pero vital para la existencia de cualquier sociedad.

Una mejor comprensión implica una mayor transmisión y, sobre todo, una mejora en la calidad de vida a través de generar criterio, establecido mediante el conocimiento. Sin conocimiento, sin esfuerzo, no hay cultura. En el arte contemporáneo, por ejemplo, se ha impuesto una nueva forma de comunicación entre las obras y el espectador. Éste ha sido invitado a participar activamente en dicha relación hasta el punto de que algunas obras solo alcanzan su verdadero significado al ser interpretadas por el propio espectador; es decir, que las obras presentan diversas lecturas y exigen un cierto esfuerzo de interpretación al visitante. El museo es un espacio de transmisión de conceptos y saberes, por encima de la exposición de las colecciones produciendo una diversidad absoluta de miradas, es por esto por lo que podemos decir que la belleza está en la mirada.

La nueva situación en la que vivimos, de crisis económica, utiliza constantemente la expresión *reinventarse* pero creo que es una palabra que no es adecuada, los museos, los espacios culturales en general, deben de plantear siempre una labor a largo plazo porque, entre otros factores, el arte y por extensión la cultura, exige que haya demora en la recompensa que se obtiene con él, hay que huir de lo efímero, de lo pasajero, de la moda, es decir, de la imposición. Es precisamente en este momento cuando la mirada reposada debe primar. La cultura, entendida en toda la amplitud del término, no debe estar sometida a las prisas, debe plantearse siempre como un proceso pausado porque se fundamenta en la educación, en la enseñanza. Toda enseñanza requiere un proceso de asentamiento, el saber y la cultura son como estratos geológicos que se van sedimentando y superponiendo uno encima de otro. Es cierto que en momentos determinados hay cataclismos que aceleran el proceso pero, una vez más, se impone el tiempo pausado y medido.

En momentos de austeridad no debe desaparecer la ilusión por el compromiso con la sociedad y la cultura debe ser un aliado fundamental para el ciudadano. Casi ochenta años después de publicar Andersen el cuento con el que se inicia este breve texto, el filósofo, poeta y crítico de literatura y arte Herbert Read escribió en su ensayo *Al infierno con la cultura* de 1941, lo siguiente: *“el arte es siempre índice de vitalidad social, el dedo en movimiento que escribe el destino de una civilización”*. Para el pensador inglés *“un estadista sensato debería estar atento a esa escritura, porque es más importante que el descenso de la exportación o la caída del valor de la moneda de una nación”*. No sé si en este aspecto puede ser tachado de excesivo, pero en lo que sí estamos de acuerdo es que el nivel cultural de un país es el mejor medidor para conocer la calidad de vida del mismo. Decía Ortega y Gasset que la cultura es

como un “movimiento natatorio”, un brucear del hombre en el mar sin fondo de su existencia con el fin de no hundirse; una tabla de salvación por la cual la inseguridad radical y constitutiva de la existencia puede convertirse provisionalmente en firmeza y seguridad. Es por esto por lo que la cultura debe ser, en última instancia, lo que salva al hombre de su hundimiento. La cultura, según Ortega y Gasset, podría definirse como aquello que el hombre hace, cuando se hunde, para sobrenadar en la vida, pero siempre que en este hacer se cree algún valor.

Desde su mundo, Andersen supo crear y transmitir a su público el ejercicio de esta capacidad. Toda sociedad vive en crisis, probablemente por el estado natural del hombre, pero dentro de la crisis la realidad económica se ha impuesto de tal manera que ha querido suplantar al hombre. Solo la pérdida de valores por parte del hombre enterrará la cultura y su propia existencia. La capacidad de imaginación, de maravillarse ante el mundo que nos rodea es lo que nos puede salvar de este caos y seguir garantizando nuestra existencia y el deleite y la sabiduría que nos trasmite. Seguiremos contemplando ese objeto preciado cuya vida se prolonga a través de la contemplación que no es estática sino que tiene que ser participativa. La participación activa crea criterio en el ser humano y esto es imprescindible para seguir avanzando.